

PRÓLOGO

**¡Escanea el código QR para
acceder al contenido oculto!**



Han pasado tres meses.

El tiempo se estira y se arruga como las páginas de un libro olvidado, amarillentas, cargadas de historias que el mundo ya no quiere recordar.

Nada ha sucedido.

Y, sin embargo, todo ha cambiado.

La esperanza no desaparece con estruendo. Se desgasta. Gota a gota, en un silencio tan lento que uno solo advierte su ausencia cuando ya no queda nada.

Desde las catacumbas, Gabriel continúa enviándonos visiones: fragmentos de algo que todavía no alcanzo a comprender del todo. Tal vez esa sea su manera de mantenernos en movimiento cuando el propósito empieza a desvanecerse.

Mateo desentraña secretos con su ingenio.

Tadeo provee armas que ya no sé si deseo empuñar.

Rafael mantiene abiertas sus rutas.

Pedro y Juan permanecen a mi lado, como anclas frágiles en medio de una corriente que no deja de empujar.

El mundo sigue girando, indiferente.

Yo, en cambio, me siento ajeno, marcado por victorias que no se sienten como tales.

Hemos derrotado demonios en tierras lejanas.

Algunas reliquias han vuelto a nuestras manos.

Aun así, no puedo evitar preguntarme si, con cada triunfo, no hemos sellado algo más profundo que una simple victoria.

¿O solo avanzamos hacia un destino que ya no admite desvíos?

Las sombras se han aferrado a mí, y cada vez me resulta más difícil distinguir entre lo que es real y lo que no es más que un eco persistente de mi propia mente.

Cada batalla deja una grieta nueva.

Cada sacrificio arranca una parte de nosotros que jamás vuelve.

El vacío no llegó de golpe.

Se sentó a mi lado. Y nunca volvió a marcharse.

La pregunta regresa, obstinada, una y otra vez: ¿Vale la pena seguir?

El tiempo no se detiene.

Cuatro reliquias aún nos eluden.

Cuatro generales demoníacos recorren el mundo, hambrientos, aguardando el momento de completar el ritual que abrirá el camino para el regreso de Lucifer.

Si lo logran, el infierno no golpeará la puerta. Simplemente entrará.

Y nosotros... ya no somos los mismos.

Porque, aunque no queramos admitirlo, cuando la oscuridad nos roza, deja marcas invisibles, pero igual de profundas.

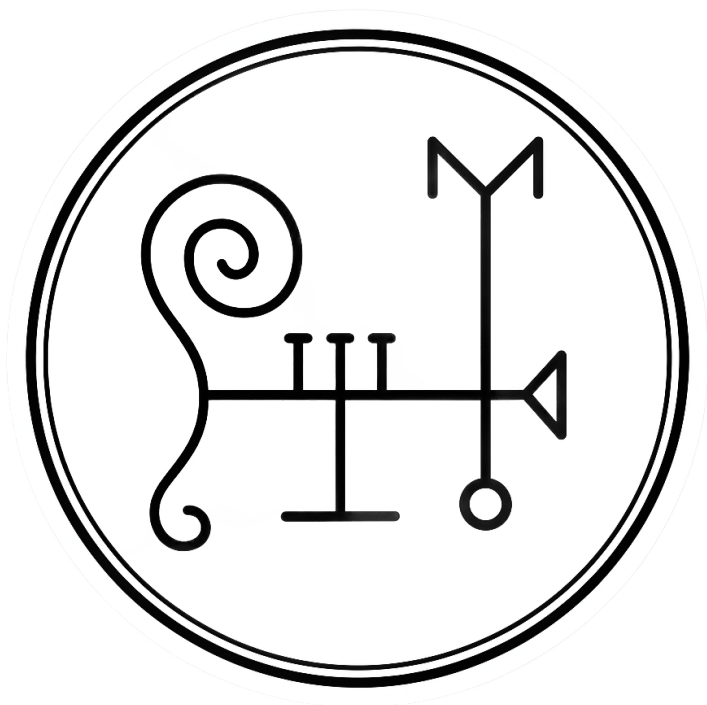
Apenas somos sombras que avanzan dentro de una tormenta que no deja de crecer.

Aun así, sigo caminando.

No sé si por convicción.

No sé si todavía puedo llamarlo fe.

Tal vez solo porque detenerme ya no es una opción.



CAPÍTULO 1

SOMBRAS DE UN NUEVO AMANECER

El sueño, que para muchos era reparador, para mí era el único lugar donde todavía encontraba resguardo. Allí no había misiones ni nombres.

Y ahora, me vigilaban.

Debía despertar.

Debía continuar.

Abrí los ojos y la figura que nos observaba en aquel umbral todavía rondaba. Parpadeé y ya no estaba. Su imagen me perseguía como un presagio surgido del Petén; era imposible arrancarla de mi mente.

La luz que se filtraba por las ventanas maltrechas no consolaba. El día, como siempre, caía sobre mí con una opresión insoportable.

Otro día más de supervivencia en un mundo donde las glorias antiguas se habían desvanecido y la esperanza parecía haberse ido hacía siglos.

Me incorporé con pesadez, como si milenios de memoria tiraran de mis huesos. El tiempo no me tocaba, pero dejaba huellas en todo lo demás.

El café recalentado sabía a caucho quemado. El último cigarrillo del paquete ardía entre mis dedos mientras el sol se colaba entre persianas rotas, rasgando la oscuridad como una herida. El calor era insoportable; la humedad calaba hasta los huesos.

Sobre la mesa, las pistolas descansaban en silencio.

Todo estaba en ruinas: la casa, el cuerpo, la voluntad. Preguntarme si valía la pena significaba rendirme.

No podía. No ahora.

Las sirenas aullaban a lo lejos. Gritos, carreras, el caos cotidiano. La miseria humana se desplegaba ante mí como un espectáculo que ya no me sorprendía.

Decidí tomar una ducha. El agua helada me golpeaba con la violencia de una condena. La frialdad me devolvió a la realidad, cortando la piel como un cuchillo, pero era un dolor necesario.

Lo que fui ya no importaba.

La crucifixión, la agonía, todo se fundía en la memoria como una pesadilla lejana.

Miré mis manos. Estaban limpias, pero sentía la sangre impregnada, aún tibia, presente. Las espinas de viejas enredaderas mordían mi carne: recuerdos de los pecados que elegí cargar. Las heridas antiguas no se iban. Las consecuencias tampoco.

Salí a la calle, y Pedro estaba afuera, como todos los días.

—Buenos días, Cael —dijo, alzando la mano en un saludo casi protocolar.

—Tan buenos como bañarse con pirañas —respondí sin mirarlo.

—Perdón... yo solo...

—Perdóname tú —lo corté, con la voz gélida—. Sigo viendo la maldita sombra. No me deja en paz.

No insistió. Sabía cuándo callar.

En la esquina, un hombre arrebató un bolso y echó a correr.

A media carrera, chocó conmigo.

El impacto lo hizo trastabillar. Levantó la vista, listo para insultar o apuñalar a quien se le cruzara.

Abrí la gabardina sin apuro. Lo justo. Las armas brillaron un instante.

Sus ojos se agrandaron. Retrocedió y huyó sin mirar atrás.

Recogí el bolso del suelo y se lo devolví a la mujer. Me habló, me agradeció, quizá lloró, nunca lo supe.

No la escuché. Ya no estaba ahí.

La gente seguía caminando, como si nada.

La indiferencia era un veneno cruel que lo impregnaba todo.

Regresé junto a Pedro.

—Otra rata que huye... —murmuré.

El silencio duró apenas un instante.

—Hermano... —dijo al fin—. ¿Tuviste alguna noticia?

Abrí un nuevo paquete de cigarrillos con un gesto mecánico. Me pregunté cuánto tiempo más iba a poder seguir viviendo así.

—Gabriel tuvo una nueva visión —respondí—. Y creo que no son buenas noticias.

Me dijo que el mundo se partió en espejos líquidos. De ellos surgieron rostros —niña, anciano, guerrero— hasta fundirse en uno solo.

Oyó una voz, miles a la vez, y sentenció:

—No busques rostro ni nombre. Todos me pertenecen.

—¿Y eso qué significa? —murmuró Pedro, dando un paso atrás.

—Todavía no lo sé con certeza, pero tengo el presentimiento de que pronto lo sabremos.

El motor del auto rugió. Juan estaba al volante. Me lanzó una mirada rápida, cansada pero alerta.

—¿Vas a seguir jugando al héroe o ya podemos irnos? Gabriel dijo que tenía crucigramas para resolver, y sabes cómo me gustan esas cosas.

No pude evitar sonreír.

Mientras arrancábamos, la ciudad se desdibujaba tras la ventanilla. La rutina volvía a envolvernos, pero esta vez algo era distinto.

CAPÍTULO 2

ECOS DE LOS CONDENADOS

De camino, las calles mostraban la huella del día.

Edificios envejecidos se alzaban como monumentos a un pasado que se resistía a desaparecer. La ciudad seguía funcionando a su propio ritmo, mientras los humanos que la recorrían avanzaban ignorantes de la verdad que se les escapaba. Entre fachadas restauradas aún sobrevivían cicatrices de guerras pasadas. Algunos impactos de bala seguían allí, aferrados a la piedra como recuerdos que Budapest se negaba a olvidar.

Los tranvías amarillos avanzaban por las avenidas con puntual indiferencia, transportando cientos de vidas que parecían dirigirse a ninguna parte.

La actividad había aumentado durante la última semana.

No era una buena señal. Nunca lo era.

Había algo en el aire, una densidad espesa que hacía difícil respirar. Los rostros parecían más vacíos que nunca.

—La gente vive tan inmersa en sus problemas... —murmuré, observando la multitud—. Están ciegos. El juicio comenzó hace mucho, y aún no lo ven.

A la distancia, las estatuas de la Plaza de los Héroes observaban la ciudad desde sus pedestales. Silenciosas. Inmutables. Testigos de generaciones enteras que habían nacido, luchado y desaparecido.

El cielo azul era la única paz aparente. Una burla.

Las chimeneas manchaban el aire con su humo, ahogando lo poco de esperanza que quedaba. El contraste era desolador.

En los barrios bajos, la miseria era palpable. *Dealers* negociaban a plena luz del día, sin culpa, alimentando un reinado de muerte que se cebaba en los más jóvenes. Piezas descartables de una maquinaria que solo dejaba ruina. Para muchos, la fe había sido reemplazada por el oro y los placeres efímeros. La codicia ocupaba el lugar de lo sagrado.

—No puedo evitar sentir tristeza por ellos... pero también molestia —dije al fin—. La humanidad destruye el regalo más grande que le fue dado: el libre albedrío.

El propósito me arrancó de esos pensamientos.

Mi misión. Esa carga que no concedía tregua.

La memoria mordió de nuevo y me despecué de la realidad.

Las puertas del infierno se alzaban ante mí. Inmensas, eternas, intimidantes. El aire quemaba los pulmones de los condenados, y los gritos no provenían de gargantas, sino del lugar mismo.

Supe entonces que ningún humano estaba preparado para ver aquello. No fue hecho para soportar la verdad.

Dos presencias aguardaban en el umbral. Antiguas y deformes. Mirión y Anagatón.

Avanzaron impasibles, y entonces levanté las manos. Las marcas ardieron. Fue suficiente.

Retrocedieron sin un gesto; parecía que aquello que detestaba portar les recordaba algo que ni siquiera el infierno osaba tocar. Avancé por el sendero de los condenados, sabiendo que incluso las peores pesadillas humanas no alcanzaban a rozar la magnitud de ese abismo.

—¿Caelus? —Pedro me sacudió el hombro, devolviéndome a la realidad—. ¿Otra vez las visiones?

—Sí.

Las visiones eran cada vez más frecuentes, y cuando sucedían, un trozo de oscuridad se adhería a mi alma.

El auto se detuvo.

—Son quince mil florines... más impuestos —dijo Juan con seriedad exagerada—. Tengo que mantener a mis hijos.

Pedro frunció el ceño.

—¡Pero si no tienes hijos!

—Algún día los tendré.

Reímos apenas un instante. Lo suficiente para respirar.

Descendimos y nos dirigimos a las grandes escalinatas que nos aguardaban.

Frente a nosotros se alzaba la imponente fachada neoclásica del Museo de Bellas Artes. Las enormes columnas corintias sostenían un frontón cargado de siglos de historia. A simple vista era solo otro de los grandes monumentos culturales que rodeaban la Plaza de los Héroes.

Pocos sabían de las catacumbas que se extendían bajo sus cimientos, y menos aún de lo que guardaban.

Al cruzar el umbral, nuestros pasos resonaron en el salón central. Atravesamos salas silenciosas hasta hallar el pasaje oculto y descender. Las escaleras polvorientas devoraban la luz del día. Los insectos huían ante nosotros.

El corredor se abría como un laberinto antiguo, mucho más viejo que la ciudad que lo cubría. Las sombras danzaban en las paredes, esquivas y burlonas.

Nuestras presencias eran lo único vivo en los túneles milenarios, testigos mudos de historias olvidadas. Al menos... por ahora.